NUMEN

Semanario de Arte, Sociología, Actualidades y Comercio

Es Propiedad

20 cts. DIRECTORES: Juan España y Santiago Labarca

Toda correspodencia debe ser dirigida a Casilla 3323. — SANTIAGO Santa Rosa 393-399

EDICION DE 12 PAGINAS

20 cts.

AÑO 1 SANTIAGO DE CHILE, OCTUBRE 18 DE 1919 NUM. 27

Primavera . . .

...Esa juventud que forma las avanzadas del presente y que, con la Vida en los brazos, llega a golpear las puertas del futuro...

Arte y Estudios

OBSTACULOS AL ARTE

Desde mucho tiempo atrás hurgo en mí, tratando de explicarme cual es la fuerza valorizadora de la obra artística. Esta búsqueda de ápices me va arrastrando, lenta pero matemáticamente, a la negación, no ya de ciertos seudo-puntales casi destruídos por modernos innovadores, ni de anacronismos, patrimonio de un ínfimo carneraje rezagado, sino (y esto no deja de escalofriarme, a ratos) de principios aceptados como inconmovibles e inalterables por los más avanzados ácratas del intelecto. Estamos lejos, es verdad, de los tiempos en que el bueno, admirable, y mitológico Sócrates, afirmaba, escudado en la impenetrabilidad de su dialéctica portentosa: "lo bello es lo útil"... (1) algo hemos avanzado en tal sentido; pero entre tanto, mientras nadie consigue pronunciar la palabra definitiva sobre el alma de la belleza, se cerca de limitaciones a las fuerzas florecientes. Detiénelas, aquí la moral, más allá la gramática, la integridad (?) de idioma, la métrica... ¿Con qué derecho? Si el artista va regando en armonías la propia sangre para lograr su perduración en espíritu, ¿cómo puede osarse encasillarle en ataúdes preténticos? Porque todo entrabamiento, aunque aparentemente producto de nuestros días, viene en ráchas atávicas desde el caos cerebral de las épocas primeras; y como nuestros nervios vibran a alguna distancia de los antropoides que ingénuamente grababan sus visiones en las paredes cavernarias, obraremos muy naturalmente destruyendo las amarras, que tal vez ellos ni siquiera consiguieron imaginar, pero que su necesidad de ayuda para la realización de la belleza trasmitió latente a los nietos de sus nietos, quienes, desorientados e incapaces, fueron trasmutándolas en imperativos indispensables.

Un rápido análisis demostraría que la moral, necesaria sociológicamente, dado nuestro atraso intelectual, no es ni puede ser en sí un principio trascendente e inmutable. La historia de la ética define, con sus dudas, sus vacilaciones y sus cambios la falsedad de ese fantasma que ni como mandato divino, ni como dogma racional ha podido mantener su feudalismo... Quizá, cual lo soñó Emerson, la sumidad moral, estriba en vivir conforme a la naturaleza. Y, difícilmente imaginaríamos una ética más amoral, más antitética de ese fariseismo divinizado por generaciones y generaciones, y que ha constituído la limitación más tremenda inventada **contra el Arte.**

* *

El idioma y su complemento la Gramática son también aros del grillete con que el pasado pretende paralizar nuestros vuelos. Yo no comprendo que, al juzgar una obra artística, el crítico se preocupe de si tales o cuales vocablos son neologismos, de si tal o cual frase constituye por su construcción un galicismo, de si tal o cual período se ajusta o nó a las leyes del lenguage... Hasta hoy no se de ningún genio hecho por la gramática, en cambio ¿quién ignora que esta es el catalogamiento cachazudo y la reglamentación anquilósica de lo que en aquellos fué espontáneo como el brote de un capullo y libre como el trueno líquido de una catarata? El estudio de la gramática debiera servirnos sólo como base para levantar nuestra arquitectura léxica, como trampolín duplicador del impulso inicial... pero nada más. Si queremos crear, si queremos pervivir en nuestra obra, debemos destruir... Todos los grandes hacedores han sido anarquistas, y la experiencia nos enseña que nada se puede renovar sin destrucción, que nada puede vivir sino al costo de otras vidas... No importa que seamos impotentes para crear sobre los destrozos de nuestras manos... Destruyamos; así, el dios, que trás de nosotros llegue a arrancar nuevas estrellas al arcano, ahorrará parte de su inevitable trabajo demoledor.

El escritor que, por acatar preceptos claudice su verdad estética, desfigura un pensamiento, o le roba la frescura de yema matinal, es un infame o un infeliz. Su obligación era crear belleza... y la belleza no reside ni en el diccionario ni en la sintáxis. La belleza está en la sinceridad de nuestra emoción; para eternizarla tenemos el deber de crear un lenguage que corresponda a su esencia; y si un sólo matiz, el más leve, no se alcanza, debemos triturar el pasado y, sutilizando el polvo de sus ruinas, construir nuestro mundo nuevo. No de otro modo aprisionaremos el temblor imperceptible: hito terminal de las indagaciones de la sensibilidad.

Hito terminal! Quizá nunca, a pesar de los esfuerzos de la ciencia, podremos llegar a la esencia de lo existente, a la "idea de las ideas", como diría Platón, sino sentimentalmente, por un afinamiento sensorial, por una hiperestésica tensión espiritual, que sólo el arte consigue provocar. La obra artística es la verdad hecha emoción; la última verdad, que nunca probará la lógica, ni desmenuzará el análisis experimental, porque cuando más avanza la ciencia, más se retira ella, reproduciéndose en el horizonte duplicadamente remota y sutil.

A veces damos en el arte lo más hondo de nosotros, de nosotros que nada somos y somos todo; y lo paradojal de esta dádiva estriba en que con ella, sin saberlo, sin pretenderlo, hemos golpeado el diapasón final, cuya tonalidad fija la armonía cósmica. Otras veces integramos nuestro yo con fuerzas que desde la lejanía nos hacen señas. Más, ahora como antes, damos un instante de plenitud durante el cual los espíritus penetrarán esencialmente en lo absoluto... Hé aquí porqué el arte me parece superior a la ciencia: esta nos procura verdades parciales; a veces nos explica el **origen** y el **como** de ciertos fenómenos, y, en el mejor de los casos, así en la filosofía cosmológica, sólo llega a esquematizar las posible leyes generales del Universo. Y bien... supongamos que un día consiguiera la verdad infinita; ¿qué representaría ello para nuestras ansias, para nuestra vida psíquica? El conocer la verdad ¿significaría vivir **en** la verdad y **en** la plenitud?... El arte nos lleva a esa super-vida, donde todos los problemas han muerto, donde nuestro espíritu, sutilizado en la fiebre estática, llega por la emoción a la sabiduría total y a la vida **en** esa sabiduría.

Fernando G. Oldini.

El Pescadero

El vecino Manuel ha dejado de hacer humitas y ha vuelto a sus cocinas. Esto, dista mucho de alegrarme, más bien, me desespera; porque en los días transcurridos es inverosímil creer que pueda haberse modificado su carácter, y de ser así, todas las tardes cantará un sinnúmero de canciones, con su voz quejumbrosa y desagradable.

Este vecino es chico, endeble y un tanto jibado. En su cara amontonada, brillan dos ojos pequeñitos, ingenuos, desconcertante. Y a modo de cortina, sus bigotes castaños caen violentamente sobre la boca, dándole cierto aspecto de bravura, que desmiente su cuerpo.

Antes, permanecía en la calle hasta medio día, vendiendo mariscos. A las doce llegaba arrastrando su pierna y tarareando una cueca.

Juana, su mujer lo esperaba con el almuerzo a punto. El contaba su dinero y empezaba a comer; pero advertía que Carlota—una chiquilla suya—miraba el plato sin probarlo. Esta chiquilla era feísima. Comía más pan en un día, que cinco personas juntas; pero se resistía tenazmente a tragarse el almuerzo.

—Pero niñita... ¿por qué no comes? — preguntaba.— La niñita guardaba silencio. Entonces él, seguía hablando y enfureciéndose: ¿Vas a comer? Contesta...! ¡Contesta! Mira... que yo soy tu padre: ¿Eh, no me oyes? ¿Quieres que me levante? ¿Contéstame niñita....? ¡Hácelo por tu madre...! ¿Si nó? Me voy a parar! En esta parte Carlota empezaba a lloriquear y tampoco contestaba. Su padre acercábase furioso y la pellizcaba en forma; además, solía descargarle en la cabeza unos cuantos golpes de coyonturas; la chiquilla lloraba todo lo fuerte que podía, y él, salía echando ternos.

Después de monologar un rato, su irritación se evoporaba. Olvidaba el asunto, silbaba, hacía bromas y daba saltos. Todo le parecía risible; en la conversación, en el andar y en la fisonomía de las personas, descubría un aspecto ridículo que lo hacía reír.

Sus vecinos le tenían inquina, le miraban con mala mirada y hasta deseaban que reventara.

Por la tarde sentábase en el patío a construir cocinas de hojalata. Cuando había necesidad de meter clavos, cantaba la marsellesa, consiguiendo en esta forma clavar musicalmente.

Cantaba una infinidad de canciones de épocas diversas, con voz lamentable, aguda y monótona.

En su boca perdían el encanto y se fundían en un tono igual y prolongado, que desesperaba al más paciente; pero él abstraído en su tarea, cantaba hasta darle remate. Esta demoraba un poco.

También silbaba, mientras torcía, limaba y adaptaba paquitas de hierro. Era lo más desesperante. Uno se volvía loco.

No faltaba quién le digiera: ¡Bueno que canta usted vecino!— y él contestaba invariablemente: ¡Hay que hacerle a todo! ¡Qué quiere usted! y seguía cantando. Al atardecer terminaba la obra; se estiraba, hacía una reflexión y vaciaba en una fuentecilla de greda su ración de puchero.

Un extraño deseo de hacerse ofr en todas partes y de imponer a todo el mundo de lo que hacía, impulsábalo a mascar ruidosamente; movía las mandíbulas con exageración y de vez en cuando chasqueaba la lengua y se chupaba las muelas. No pasaba un minuto sin hacer algo ruidoso.

Después de engullirse el puchero, preparaba el café y agregaba: Ahora hago el café y me lo tomo! Sí, señor, me lo tomo! Esta cantinela debía parecerle muy de su agrado.

Bebía el café sorbo a sorbo, miraba a su mujer cómicamente y la embromaba con puyas y chuscadas. Su mujer repasaba algún trapo, sentada en la puerta; a veces permanecía silenciosa; pero otras, se incomodaba y decía barbaridades.

Esta irritación lo animaba; se le acercaba y dándole golpecitos en los muslos añadía socarronamente: ¡Ah, picaronaza... te gustan los cariños del marido!

Ella reía con perezosa languidez y parecía que realmente le agradaban los piropos; él se exaltaba y la obsequiaba con mil ternezas y de paso la besuqueaba y la manoseaba golosamente; ella se defendía riendo: ¡Déjate... no seas tonto... me haces cosquillas!

Cuando esto sucedía, cerraban el cuarto más temprano, lo que naturalmente, no le impedía ir marcando el tiempo con su voz desgarrada y áspera.

Estas escenas eran espladas ruidosamente por las vecinas. Unas a otras se las repetían, abultando la realidad hasta deformarla; algunas lo tomaban a enojo y prometían decírselo al dueño el día menos pensado.

Una vida así no era posible. ¡Qué ejemplo para las muchachas! Seguramente que todos no irían al cielo con tanta licencia... Se veían unas cosas! Y alzando los brazos y entornando los párpados daban a entender a las menos enteradas la enormidad de esas cosas.

En la casa, vivían cinco viudas. Todas se gastaban un genio endemoniado. La madre de Margarita, era la más encarnizada; decía con frecuencia cansadora que a un hombre así, no lo tragaba ni frito en aceite. Y francamente, tenía su poquillo de razón.

El vecino Manuel habíase aprendido el repertorio de su hija. Y como lo repetía diariamente, había gastado las canciones haciéndolas odiosas, majaderas. ¡Claro! No podían perdonarle la extremada perseverancia que ponía en pasar el día gritando, y en la noche toslendo incesantemente.

Para la mayordoma la tos del vecino era una pesadilla, una obsesión.

Muchas noches no dormía, aguardando su sonido hueco, uniforme, que rompía el silencio momento a momento. Tosía como treinta veces por hora.

Ella con el oído pegado a la pared, se encolerizaba e iba mareando mentalmente: ya!... ya!... ya! casi al mismo tiempo que los golpes de tos. Cuando ésta se interrumpía, sentía una opresión en la garganta; se inquietaba y hasta se aterraba un poco. Le parecía ilógico no oír nada... ¿Qué sucedería? Pero de repente, la tos, seca y destemplada, quebraba el silencio con aspereza de cañón. Entonces, la mayordoma, daba un suspiro y se tranquilizaba como si hubiera alejado una catástrofe.

Algunos obreros que debían madrugar, abandonaban la cama, cuando éste dejaba de toser. Casi siempre era a las cinco, cinco y cuarto o poco más.

Gonzalez Vein.

Bibliografía y crítica literaria

(En esta sección daremos cuenta de cada uno de los libros, folletos o revistas importantes, de índole esencialmente artística, que lleguen a nuestra redacción, acompañando un comentario o ligera crítica de los principales de ellos).

"Noches" versos de **J. Cifuentes Sepúlveda:** 1 vol. de 104 pgs. Prólogo y comentarios líricos de: R. Meza Fuentes, J. González Bastías y Armando Ulloa. Talca, 1919. **"Por el camino más triste"**, versos de **Carlos Barella**, 1 vol. de 134 pgs. acompañado de diferentes juicios críticos sobre la personalidad del autor. Valparaíso, 1919.

"Por el camino más triste". Al hojear algunos libros, suele ser imposible sustraerse a la influencia de ciertos detalles de forma que, si bien no van en detrimento del fondo o mérito de la obra, distraen lastimosamente el ánimo de quien la lee, y hasta a veces predisponen resueltamente en contra del autor.

Así el libro de Barella. Empezamos por el título, confieso que él me resulta... amanerado, cursilón. Estamos por los títulos breves y sintéticos. **"Por el camino más triste"** es una frase demasiado larga, enfermiza, débil para una portada. En seguida, lo primero que salta a la vista es el dibujo: un hombre lastimoso, que parece ir quejándose por la senda inverosímil, con un brazo al hombro. El brazo resulta ser de una mujer que, por su semblante desesperado, parece no avenirse al deseo del prógimo, no obstante su empecinamiento por arrastrarle consigo. (Tanto, que el brazo de la pobre se ha alargado desmesuradamente). En medio de ambas figuras, otra mujer, de rodillas, escruta impávidamente la lejanía. Su mirada abstracta y su actitud tranquila y pensativa la acusa bien agena a cuanto pasa a su alrededor. Todo ésto, ramplonamente concebido, está peor dibujado por un grande artista a quien tiempo atrás (ante sus producciones de entonces) le habíamos considerado único y genial...

Al doblar la hoja nos encontramos con la dedicatoria de la obra: **"A las mujeres que aún no me han amado"** (!). Barella, en un prurito de originalidad, en este caso olvidó el conocido aforismo: "De lo sublime a lo ridículo"... etc.

Prólogo
de las Fiestas de Primavera

Pierrot, romántico y poeta,
ha descorrido este telón
porque ha teñido la careta
con sangre de su corazón.

En la ciudad, enharinado,
como un fantasma se perdió,
tendióse sobre un verde prado
y bajo un trono despertó.

Era una reina melodiosa
y vaporosa como un tul;
perfumaba como una rosa
arrancada de un cuento azul.

Rojas guirnaldas, tirsos rojos,
bajo sus plantas florecían,
agradecía con los ojos
la sumisión que le rendían.

Bajo los párpados de seda
purificaba su emoción
y su sonrisa dulce y leda
latía, igual a un corazón.

Serena como virgen griega
la sencillez era su norma:
los que sufrimos en la brega,
busquemos su divina forma.

Pongamos todos en el vaso
de su belleza, una canción:
rubí del alba o del ocaso,
sangre de nuestro corazón.

Bebamos luz en sus miradas,
miel en su místico panal;
queden las almas embriagadas
en su palabra musical.

* * *

Fiesta anacrónica y pagana
en que a un conjuro de ilusión
como dos toques de campana
riman Huelén y Partenón.

Pámpanos griegos y racimos
de nuestras viñas juveniles
maduran sus frutos opimos
en las locas frentes febriles.

Olor a menta, anís y poma,
algarabía de locura:
le nacen alas de paloma
al monstruo gris de la amargura.

Día del clásico laurel,
de rosas rojas en botón,
será mi loco cascabel
el ebrio son del corazón.

Pasan jendarmes y payasos
y fraternizan las caretas
y beben en los mismos vasos
reinas, jitanas y poetas.

Púrpura tibia del carmín,
oro fragante de la miel,
toda la vida es un jardín
de cascabel, miel y laurel.

Este romántico poeta
tiembla gozoso de emoción
porque el carmín de la careta
e ha perfumado el corazón.

R. Meza Fuentes.

Y cortemos el pelambrillo, que al fin y al cabo no va en desmedro directo de la obra.

La lectura de los poemas de Carlos Barella nos devuelven la convicción que teníamos de nuestro estimado amigo: El autor de "Por el camino, etc., es un poeta innegable. Podrán la mayoría de sus versos, pecar de inconsistentes, monótonos y hasta demasiado plañideros (para mí es éste el defecto mayor), pero son parejamente bellos, sentimentales, armoniosos.

¿Su escuela? Carlos Barella no es un poeta a la manera de Baudelaire, o de Darío, o de Verhaeren, o de Junqueiro, etc.; es, pues, inútil que el prurito imbécil de ciertos críticastros adocenados pretenda encontrar en él afinidades nacidas en la influencia extraña de tal o cual maestro; Barella no se esfuerza gran cosa, tampoco, por salir de los cánones para crear una modalidad nueva o sorprender con una musicalería extravagante; su verso brota fácil y transparente, es sencillo y trite; con todo, resulta personalísimo, y consigue imprimir a sus romances un dejo inconfundible. He cogido, al azar: (pág. 23).

..."Las amo tristemente, pues cada amor me inviste
de una melancolía que no puedo expresar:
los amores que pasan me van poniendo triste,
y todavía queda tanto amor por pasar."

Hé allí un modo sútil, y bien de poeta, de hacernos sentir la emoción de su melancolía. Y al final esta otra bella estrofa, síntesis de su filosofía amable, eminentemente lírica:

"Me resigno pensando que ha de ser mi fortuna,
amar con igual júbilo pasado y porvenir,
pues mis sueños se parten en dos ríos de luna
entre las que han pasado y las que han de venir..."

El defecto de Barella está en haberse diluído demisiado; debió condensar su dolor, y cuidar de sintetizarlo en forma más breve y vigorosa. Hay poemas de una extensión verdaderamente desalentadora, que no guardan relación con la importancia y consistencia del tema, y se salvan apenas de la vulgaridad, gracias a la belleza de algunos conceptos y a la emoción profundamente lírica que fluye de ellos.

Para terminar, diré que Barella es el poeta de las melancolías inefables, y no de las decepciones seculares, con que estraga nuestros entusiasmos el fantasmo amarillo e implacable del Eterno Fastidio; por eso, de entre su lirismo dolorido y amargo, yo he percibido sútilmente, como un perfume, el alma hermana del poeta, cuyos morbosismos enfermizos y cuya enorme tristeza van aún enardecidos de ansias y de juventud.

J. E.

Un error

En esta misma página, el número anterior, se publicó, por error, un artículo con la firma de **Pravda.** El artículo es de **Brumario.** Pedimos disculpa a nuestros dos colaboradores.